



El silencio del traductor

Tomás Serrano Coronado

*Departamento de Traducción e Interpretación
Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras
Universidad Nacional Autónoma de México
tomas_serrano@yahoo.com*

Resumen:

La historia de México registra entre sus varios protagonistas a personajes célebres por los hechos gloriosos o vergonzosos en que participaron. Mi intención en este artículo es mostrar a través del trabajo de Fray Bernardino de Sahagún, lo que parece incuestionable: la función del traductor en la construcción de la historia, la identidad y la cultura de un pueblo. En el caso que tratamos aquí se trata de la trascendencia que la obra de Sahagún ha tenido para un mejor conocimiento de la cultura nahua.

Palabras clave: México, Sahagún, historia, identidad, cultura, nahua, traductor.

Abstract:

The history of Mexico has among its various protagonists celebrities on account of either the glorious or the shameful events in which they got involved. My intention in this article is to show by means of the work of Fray Bernardino de Sahagun, a fact that seems certain: the role of the translator in the construction of the history, the identity, and the culture of a people. In the case discussed here we shall be dealing with the importance that Sahagun's work has had for a better understanding of the Nahua culture.

Keywords: Mexico, Sahagún, history, identity, culture, Nahua, translator.

Résumé :

L'histoire du Mexique compte parmi ses célébrités différents protagonistes, en raison de leur participation soit dans des événements glorieux ou bien honteux. Mon intention dans cet article est de montrer par le biais de l'œuvre de Fray Bernardino de Sahagun, ce qui paraît certain: le rôle du traducteur dans la construction de l'histoire, l'identité et la culture d'un peuple. Dans le cas évoqué ici, nous serons centrés sur l'importance du travail de Sahagun pour une meilleure compréhension de la culture nahua.

Mots-clés : Mexique, Sahagún, histoire, identité, culture, Nahuas, traducteur.

La historia de México registra entre sus varios protagonistas a personajes célebres por los hechos gloriosos o vergonzosos en que participaron. Así por ejemplo, en el caso de la Conquista, por demás emblemática resulta la figura de la Malinche. Al respecto, apunta Georges Bastin (2003):

No es casual que la traducción hispanoamericana encuentre su mejor simbiosis en una figura tan real-mágica como la de Malinalli Tenépal. Esta india azteca, mejor conocida como la Malinche, símbolo del mestizaje de las culturas, es la primera intérprete americana en marcar con sello polémico el controversial paso hacia adelante de la historia universal, mediante el cual se enriquece el planeta, hasta entonces conocido, con tierras, hombres e ideas que, a pesar de su milenaria tradición, fueron llamados “Nuevo Mundo”. (p. 195)

A tal grado influyó el personaje en este periodo, que el español de México acuñó el término ‘malinchismo’ para dar cuenta de una actitud no poco común en nuestros días; actitud que, como se sabe, aquel personaje asumió ante el extraño. La frase lapidaria *traduttore, traditore* se erige en este caso como una verdad incuestionable.

Ahora bien, no es mi intención juzgar aquí al personaje de marras, sino mostrar a través del trabajo de otro personaje no menos célebre, Fray Bernardino de Sahagún, lo que parece también incuestionable: la función del traductor en la construcción de una historia, una identidad, una cultura de un pueblo.

¿Quién fue Fray Bernardino de Sahagún?

Bernardino Ribeira nace en torno al año 1500 en Sahagún. Estudia en la Universidad de Salamanca y viene a la Nueva España en el año de 1529. En sus primeros años, se entregó de lleno a su labor como misionero. Un gran acontecimiento que habría de marcar su vida tuvo lugar en enero de 1536: a iniciativa de Sebastián Ramírez de Fuenleal, presidente de la Segunda Audiencia de la Nueva España; de Fray Juan de Zumárraga, obispo de México; y de Antonio de Mendoza, primer virrey, se funda el Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, el cual quedó bajo la tutela de Carlos V, coronado en Bolonia, en 1530, por el papa Clemente VII. Entre los varios maestros, se escogió a Fray Bernardino de Sahagún para impartir la cátedra de latinidad. Por aquel entonces, no sospechó el franciscano que en aquel colegio habría de transcurrir buena parte de su vida realizando diversos trabajos.

De su primera estancia en Tlatelolco y lo que allí enseñó a los jóvenes indígenas, Sahagún escribió:

Luego que vinimos a esta tierra a plantar la fe, juntamos los muchachos en nuestras casas, como está dicho, y los comenzamos a leer y escribir y cantar; y como salieron bien con esto, procuramos luego de ponerlos en el estudio de la gramática, para el cual ejercicio se hizo un Colegio en la ciudad de México, en la parte de Santiago Tlatelolco, en el cual de todos los pueblos comarcanos y de todas las provincias se escogieron los muchachos más hábiles y que mejor sabían leer y escribir, los cuales dormían y comían en el mismo Colegio sin salir fuera sino pocas veces. Los españoles y los otros religiosos que supieron esto reíanse mucho y hacían burla, teniendo por muy averiguado que nadie sería poderoso para poder enseñar gramática a gente tan inhábil; pero trabajando con ellos dos o tres años, vinieron a entender todas las materias del arte de la gramática y a hablar latín y a entenderlo, y a escribir en latín y aun hacer versos heroicos. Como vieron esto por experiencia, los españoles seglares y eclesiásticos espantáronse mucho cómo aquello se pudo hacer (Sahagún, 2001: t. II, pp. 929-930).

Como puede verse, esta labor no era vista con buenos ojos por los mismos misioneros émulos del franciscano, quienes, evidentemente, no compartían con él el mismo sentimiento hacia los indios.

Con todo, Sahagún enseñó allí y llevó a cabo importantísimas investigaciones durante al menos cuatro periodos de su larga vida. El primero de ellos comprendió desde la fundación del Colegio en 1536 hasta 1540, cuando salió a trabajar como misionero. Su segunda estancia abarcó los años de 1545 a 1558. Sus investigaciones en Tepepulco lo apartaron del Colegio desde finales de 1558 hasta principios de 1561. Regresó una vez más a Tlatelolco, donde permaneció durante cerca de tres años. Pasó luego al convento de San Francisco en donde, dice, “vine a morar con todas mis escrituras [los textos nahuas que, como veremos, había hecho transcribir] por espacio de tres años pasé y repasé a mis solas estas mis escrituras y las torné a enmendar y las dividí por libros, por capítulos y párrafos” (Sahagún, 2001: prólogo del Libro II). Su última permanencia en Tlatelolco fue de 1567 a 1589. A fines de este año, fue llevado a la enfermería del convento de San Francisco, donde murió el 5 de febrero de 1590.

Acerca de Sahagún, dice Pilar Máynez (2013) en una entrevista que me concedió para escribir este artículo:

Fray Bernardino de Sahagún es ante todo un humanista, educado en la Universidad de Salamanca, una de las más antiguas e importantes de Europa en donde había enseñado Elio Antonio de Nebrija gramática y retórica, y donde se habían realizado varios trabajos de índole filológica. Esta visión humanística lo llevó a considerar que la lengua mexicana era tan importante como la latina de Cicerón y que podía reducirse a caracteres latinos de representación. Se maravilló respecto a ciertos elementos de la cultura indígena y sobre la pericia de los naturales en relación con determinadas actividades y procederes éticos (respeto a los ancianos). Por el método de recopilación de datos y por lo amplio de la documentación reunida, se considera que Sahagún es el padre de los estudios etnológicos del Nuevo Mundo. Su enciclopedia doctrinal, menos estudiada que la histórica-etnológica, conformada por el *Sermonario de los santos*, *Libro de los Coloquios* y la *Psalmodia Christiana*, entre otras obras, requiere un estudio pormenorizado desde las perspectivas teológicas y, sobre todo, desde aquellas que atañen al análisis del discurso y a la traducción.

La obra de Fray Bernardino de Sahagún

Ahora bien, el franciscano no sólo se limitó a enseñar latín a los indios: él mismo, a diferencia de muchos misioneros, sintió un genuino interés por conocer profundamente a sus discípulos y -así lo escribe en su Libro I- vislumbraba ya de cuán grande utilidad sería para la Nueva y Vieja España el conocimiento de aquella lengua. Con esta convicción, fray Bernardino de Sahagún aprendió de sus colegiales las sutilezas de la lengua náhuatl. Gracias a sus conocimientos de esta lengua, pudo ser conquistado por la cultura que toda lengua lleva implícita y de la cual es expresión. Así, pues, cuanto más profundiza en el conocimiento de la cultura nahua, tanto más claro le va quedando el propósito que se ha trazado: pregunta, escucha, deja hablar, no cesa de preguntar hasta llegar a lo más íntimo, a lo divino, a las dudas y angustias del hombre, a los enigmas de la vida y la muerte. Guarda la información con la palabra de sus hablantes y reúne un texto de textos, con muchas voces, con testimonios de muchos. Escribe sin sus propias palabras, con la voz de los otros y, con muchas voces en armonía, recupera la voz de un pueblo. Recoge también las imágenes y los glifos,

los signos que a modo de escritura eran usados para representar conceptos y transmitir la memoria histórica. Lengua y escritura pasan a ser la sustancia de su magna enciclopedia, el *Códice florentino*, del cual forma parte su obra más conocida como la *Historia general de las cosas de Nueva España*. (Hernández, 2007: 63). Sus palabras fueron el meollo de la historia de la que fue una experiencia cultural extraordinaria en los días que siguieron al trauma de la invasión española.

A este propósito, dice Pilar Máynez (2013):

El *Códice florentino* es la culminación de un gran proyecto realizado por espacio de 30 años en la zona del altiplano central mexicano sobre los más diversos aspectos que integraban la cultura mexica (dioses, fiestas, cosmogonía, alimentación, gobierno, sociedad, calendario, fauna, flora, procedencia étnica de los pueblos y circunstancias de la conquista). Estos fueron recogidos inicialmente de los entrevistados por Sahagún en lengua náhuatl. El *Códice Florentino* representa la culminación de la llamada *Historia general de las cosas de Nueva España*, la cual está constituida por todos y cada uno de los manuscritos recogidos por Sahagún en la región de Tepeapulco- Hidalgo (Primeros Memoriales), Tlatelolco (Segundos Memoriales) y México Tenochtitlan, donde organizó la información contenida en los citados manuscritos. Estos se encuentran actualmente incluidos en los códices matritenses que se localizan en dos repositorios diferentes de la ciudad de Madrid, de ahí su nombre. Finalmente en 1577, de vuelta en Tlatelolco y con el apoyo de la orden franciscana, se realiza el que hoy se conoce como *Códice Florentino*, única copia bilingüe y completa de la magna *Historia General...*, que Rodrigo de Sequera, quien impulsó la elaboración de la gran obra, llevó a Europa en 1580 y que finalmente pasó a formar parte de la Biblioteca Medicea Laurenziana, de ahí igualmente su nombre.

Los aciertos del franciscano

Como se sabe, antes de la llegada de los españoles, existían en Tenochtitlan dos escuelas para la educación de los indígenas: el *tepochcalli* y el *calmecac*. La primera de ellas se encargaba de la instrucción básica de los niños; la segunda, en cambio, estaba destinada a los hijos de los nobles que pretendían formarse como sacerdotes, guerreros, gobernantes, maestros, etc. Uno de los grandes aciertos de Sahagún fue aprovechar el conocimiento de los egresados y maestros del *calmecac* para integrar con ellos su equipo de investigadores. Sin duda, fue su espíritu humanitario, su gran aprecio por aquella cultura y la amenaza de su destrucción lo que lo convenció de la necesidad de recoger todo aquel conocimiento y verterlo en lo que sería su magna obra. Un segundo acierto fue escoger la lengua náhuatl como instrumento básico de trabajo. Seguramente Sahagún era consciente del valor de una lengua como expresión de una cultura, así que vislumbró las limitaciones de la propia –el castellano– para dar cuenta de una cultura ajena –la cultura nahua–. En efecto, ¿cómo nombrar las cosas que nos son ajenas desde la perspectiva que nos es propia sin el riesgo de desnaturalizarlas?

En la década de 1540, Sahagún poseía un dominio tal de la lengua náhuatl, que le permitía hablar, escribir, predicar y conversar profundamente con sus colaboradores acerca de los temas más variados. Por lo demás, poseía una capacidad de diálogo

innata, un don de gentes y un respeto del otro que le atrajeron la confianza de sus colaboradores, y –en buena medida– le facilitaron su tarea.

Los *huehuetlahtolli*

En 1545, una gran epidemia azotó a la Nueva España. Sin duda, los estragos causados entre la población hicieron crisis en Sahagún. Seguramente, sintió la posibilidad de morir junto con toda aquella gente y presintió que debía recoger la palabra de los que morían, poseedores de una sabiduría. Él, como humanista, debía registrar la filosofía moral de un pueblo y aceptarla como válida en aquel proceso de evangelización. El hecho es que al término de la peste, en 1547, había recopilado un buen conjunto de oraciones a los dioses y un extenso conjunto de textos sobre la muy antigua palabra: los *huehuetlahtolli*. Eran éstos discursos o pláticas antiguas que se recitaban en los momentos trascendentales de la vida del ser humano. En ellos se guardaba una regla de vida individual y colectiva, la sabiduría del actuar que debía regir al hombre, y también la lengua noble, elegante, el *tecpillahtolli*, que el ser humano debe poseer para expresar su pensamiento y con él persuadir. Este material sirvió a Sahagún y a otros misioneros como instrumento de evangelización. Con su equipo de colaboradores, pulió los textos y los transcribió con escritura alfabética. Fue una tarea ardua, pues la vieja palabra retórica y persuasiva estaba llena de expresiones figuradas, abstractas, metafóricas. Los *huehuetlahtolli* son ejemplo de un excelente dominio del campo simbólico del lenguaje. Sahagún hizo suyo este campo y lo textualizó sin interpretarlo, dejándolo con su propia voz para que los futuros lectores pudieran descubrir en él las múltiples formas y rasgos de la lengua y el pensamiento. Este hecho confiere a los textos su polisemia original y los conecta con el mundo real en el que fueron creados.

La visión de los vencidos

Concluido este trabajo, en 1553 inició Sahagún una nueva tarea: recoger la memoria de la conquista de la Nueva España y con ella elaborar una amplia relación que más tarde incorporó a su *Historia general* como libro XII. Los motivos que lo hicieron emprender este trabajo están expuestos en el prólogo. Uno de ellos es el de poner el lenguaje de las cosas de la guerra y de las armas. Pero además de su interés lingüístico, Sahagún expone otro motivo: “los que fueron conquistados dieron relación de muchas cosas... las cuales ignoraron los conquistadores... y ellos [los conquistados] dieron esta relación, personas principales y de buen juicio y que se tiene por cierto que dijeron toda la verdad” (Sahagún, 2010: Libro XII, prólogo). Lengua y verdad aparecen como razones suficientes de su nuevo trabajo, ajeno a su misión evangelizadora, aunque cercano a su nueva tarea humanística cada vez más presente en él. El contacto con los colegiales le había dejado sabiduría, humanismo y sentido de humildad. Contaba con un sentimiento de empatía con la otra cultura, hecho que facilitaba su comprensión y admiración por ella. Sólo una relación así explica la búsqueda de la verdad respecto de un hecho histórico como la Conquista, una búsqueda que implicaba despojarse de lo propio e incluso ir más allá de los límites convenientes a su patria y a su rey.

Los Primeros Memoriales o Memoriales de Tepepulco

En 1558, ya concluida la visión de los vencidos, por encargo de fray Francisco Toral, comienza una investigación sistemática sobre el pensamiento náhuatl. Por una parte, el proyecto era la culminación de las tareas etnológicas iniciadas por Motolinía y Olmos, respaldadas por la Orden Seráfica. Por la otra, era también la culminación de los intereses humanísticos de Sahagún, despertados en sus años de estudio en Salamanca y avivados en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Para llevar a cabo esta tarea, marcha a Tepepulco, señorío donde se conservaba aún el antiguo legado cultural de Texcoco y donde los franciscanos tenían un convento fundado por fray Andrés de Olmos. Entre otras razones, la elección de este lugar obedecía al deseo de explorar una nueva forma de hablar del mexicano, diferente a la de Tlatelolco y sin contaminar de bilingüismo. Durante tres años, Sahagún y su equipo trabajan aquí con don Diego de Mendoza Tlaltentzin, “hombre de gran marco y habilidad” y con “cuatro viejos pláticos” (*Historia...* Libro II, “Prólogo”). Como siempre, recogió la información en náhuatl solamente: deja hablar, textualiza la palabra sin traducir ni interpretar; se deja cautivar por la voz de la cultura que estaba registrando. Y para dar más intensidad a la realidad cultural, además de la expresión oral, recoge también la palabra escrita con imágenes y glifos, siguiendo la forma de registrar el pasado en la tradición mesoamericana que hoy se considera como expresión escrita de signos lingüísticos. Pregunta y escucha, pero esta vez lo hace conforme a una minuta. La información recogida, la organizó el propio Sahagún en cinco capítulos: el primero contiene lo divino, naturaleza de los dioses, himnos, ritual; el segundo, lo concerniente al señorío; el tercero, a las cosas de la naturaleza, centradas en el universo, en el espacio y en el cómputo del tiempo, tomando como base los dos calendarios mesoamericanos, el *xiuhámatl* y el *tonalámatl*; el cuarto trata sobre el cuerpo del hombre; y el quinto, perdido, contenía lo concerniente a plantas y animales.

La *Historia general* y su estructura

En 1561, Sahagún regresa a Tlatelolco con el tesoro recogido en Tepepulco. Allí pasó en limpio y organizó los *Primeros Memoriales* y prosiguió su investigación integral. Finalmente, en 1565 se trasladó al convento de San Francisco en México, donde, dice él, “por espacio de tres años pasé y repasé a mis solas todas mis escrituras y las torné a enmendar; y dividílas por libros, en doce libros, y cada libro por capítulos, y algunos libros por capítulos y párrafos” (Sahagún, 2010: Libro II, prólogo).

Conformada la *Historia general...*, el franciscano estaba cerca de su meta: la de traducirla al español, ilustrarla y mandarla imprimir; la fortuna, no obstante, le mostró su peor cara. En 1569 murió Motolinía, con quien tenía desavenencias, y en 1570 fue elegido provincial fray Alonso de Escalona, seguidor de fray Toribio, quien dispersó todos los escritos con el pretexto de revisión. Sahagún vivió años amargos; en su propia morada, sus “émulos” querían destruir su trabajo sin que pudiera defenderse, pero en 1575 llegó un nuevo comisario de la Orden, fray Rodrigo de Sequera, quien

“proveyó lo necesario para que [las escrituras] se escribiesen de nuevo, la lengua mexicana en una columna y el romance en la otra (Hernández, 2000: 78).

Con dicho apoyo, Sahagún y su equipo prepararon la versión final de la *Historia*, la que se guarda en el *Códice florentino*. Entre 1575 y 1577, en el *scriptorium* de Santa Cruz, el inmenso corpus de textos en náhuatl fue traducido al español y se dispuso en dos columnas. Sahagún lo distribuyó en capítulos y párrafos y lo aderezó con más de 1800 ilustraciones. En suma, al abrir el *Códice florentino*, no es difícil advertir que los textos no coinciden; son dos escritos paralelos en contenido, redactados conforme a dos sistemas de pensamiento, a dos realidades culturales diferentes. Pocos son los préstamos castellanos de la parte náhuatl, y muchos los vocablos mexicanos que se registran en la parte castellana. Probablemente, Sahagún quiso dar a conocer los seres y las cosas propias del México antiguo a todos aquellos que leyeran su *Historia*.

Trascendencia de la obra de Sahagún

La labor llevada a cabo por fray Bernardino de Sahagún y su equipo de colaboradores va mucho más allá de lo que debían ser las tareas del misionero. Sin duda, su inmensa condición de humanista y el trato que pudo ver de parte de los conquistadores hacia los indios le permitieron vislumbrar la amenaza que sobre aquel pueblo se cernía. En este sentido, el *Códice florentino* debe verse como un acto de rescate de la cultura de un pueblo, y la *Historia general...* como un deseo de mostrarle al mundo occidental de su tiempo el rostro del vencido, pero un rostro esbozado apenas con líneas que sus contemporáneos pudiesen entender desde sus propios cánones y escala de valores. Mucho de aquel rostro, no obstante, quedó velado; probablemente porque Sahagún sabía que el propósito de los españoles no era el de *descubrir* sino *conquistar* al pueblo mexicano. Por lo demás, los destrozos causados por los conquistadores, las pestes que azotaron y mermaron a los indígenas, la matanza del Templo Mayor perpetrada por Pánfilo de Narváez, los libros escritos por los vencedores, las mofas de sus “émulos”... hicieron que Sahagún afrontara todos los problemas que surgieron hasta conseguir su propósito (Serrano, 2011). Gracias a esta obra de Sahagún, es posible, por un lado, reconstruir una buena parte de la historia de México, y, por el otro, conocer más profundamente el pensamiento nahua. Sin ella, ambas cosas las conoceríamos sólo desde la perspectiva occidental.

Ahora bien, el *Códice florentino* es también un legado a la posteridad, desconocido en buena parte hasta ahora para el mundo occidental. ¿Cuánta información contenida en él y no recogida en la *Historia general...* queda por descubrir? ¿Qué contienen esas partes en lengua náhuatl no traducidas por el autor porque las consideró carentes de interés general o sumamente idolátricas, y, en consecuencia, peligrosas para los mismos indios? ¿Cuán valiosos serán para una justa comprensión del mundo prehispánico, por ejemplo, los himnos a los dioses que él mismo renunció a traducir debido al lenguaje “endiablado”, oscuro, difícil, críptico? Descubrirlo sigue siendo hasta ahora una asignatura pendiente.

El proyecto de la UNAM

En una entrevista que para escribir este artículo me concedió Pilar Máynez (2013), dice acerca del proyecto de traducción del *Códice florentino*:

Soy co-coordinadora del proyecto “Paleografía y traducción del *Códice florentino*” junto con el Dr. José Rubén Romero Galván, y estoy realizando la paleografía y traducción del Libro IV del “Arte Adivinatoria” del *Códice Florentino*.

[El proyecto nace] por la imperiosa necesidad de llevar a cabo la traducción al español de una de las fuentes históricas más completas e importantes del México antiguo, que ha sido considerada como “la enciclopedia de los nahuas del altiplano central”. El Dr. Romero y una servidora presentamos hace 8 años el proyecto al Dr. Miguel León-Portilla, quien se entusiasmó con la idea. Así, a partir de enero de 2005, convocamos a colegas pertenecientes en su mayoría a la UNAM a emprender la tarea. Cada uno de los miembros que integran el grupo tiene a su cargo la paleografía y traducción de un libro. En el caso de libros más amplios, como el VI y el XI, las llevan a cabo dos colegas.

Los integrantes de este proyecto son María José García Quintana (del Instituto de Investigaciones Históricas, se ocupa del Libro I), Giovanni Marchetti e Irineo García (de la Universidad de Bolonia y de la UNAM, se ocupan del Libro II), Miguel Pastrana (del Instituto de Investigaciones Históricas, tiene a su cargo el Libro III), Pilar Máynez (de la Facultad de Estudios Superiores/Acatlán, se encarga del Libro IV), Patrick Johansson (del Instituto de Investigaciones Históricas, se ocupa del Libro V), Miguel León-Portilla y Librado Silva (del Instituto de Investigaciones Históricas, se dedican al Libro VI), Ascensión Hernández (del Instituto de Investigaciones Filológicas, tiene a su cargo el Libro VII), Roberto Martínez (del Instituto de Investigaciones Históricas, está encargado del Libro VIII), Mario Castillo (del Instituto de Investigaciones Antropológicas, se encarga del Libro IX), José Rubén Romero (del Instituto de Investigaciones Históricas, se dedica al Libro X), Guilhem Olivier y Salvador Reyes Equiguas (del Instituto de Investigaciones Históricas y del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, respectivamente, tienen a su cargo el Libro XI), Berenice Alcántara y Federico Navarrete (del Instituto de Investigaciones Históricas, se ocupan del Libro XII).

A mi pregunta acerca de la fase en que se encuentra el proyecto de la UNAM, Pilar Máynez responde:

Hemos concluido la fase de transcripción o paleografía de todos los libros que conforman el código y, gracias a un programa de cómputo diseñado por Marc Thouvenot, que permite unificar las grafías, tenemos, además de la transcripción estrecha que reproduce completamente el original, una versión unificada en la que automáticamente se trasladan y uniforman las variantes gráficas. Por otra parte, en cada número de la revista de *Estudios de cultura náhuatl*, desde el volumen 42, se presentan por entregas los adelantos que sobre la traducción al castellano ha venido realizando cada uno de los miembros.

En su artículo “El libro del *Tonalamatl* o *Arte adivinatoria* y su posible traducción”, de próxima aparición, Pilar Máynez discute ampliamente las diversas perspectivas

traductológicas que consideró para llevar a cabo su trabajo. Asimismo, comenta las traducciones que de algunos fragmentos de ese libro se han hecho al español y al inglés. Finalmente, la autora concluye con una reflexión acerca del reto que representa para el grupo de traductores la tarea a la que han puesto mano. No es para menos: traducir entre dos lenguas tan disímboles y lejanas conlleva muchos riesgos, tanto más cuanto que, como en este caso, la traducción la lleva a cabo un grupo nutrido de personas pertenecientes a disciplinas muy diversas y, seguramente, con concepciones también muy diversas acerca de lo que traducir significa. Con todo, es indudable la valía que tendrá para México conocer en español la obra que Sahagún decidió dejar para que, llegados los tiempos, otros la concluyeran.

Las razones del silencio de Sahagún

Para intentar echar luz sobre ese gesto doblemente desconcertante de Sahagún de, por un lado, callar y, por el otro, revelar, es necesario analizar toda una serie de circunstancias: entre otras, las pugnas y contradicciones existentes entre los diferentes grupos en la Nueva España y que, para Sahagún, significaron serios obstáculos en la realización de su obra.

Ya en 1536, año en que se creó el Colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, existían fuertes desavenencias originadas por intereses particulares: religiosos y seculares se quejaron del peligro e insensatez de enseñar la gramática a los indios (Mendieta, 1971), arguyendo entre otras razones que el conocimiento del latín por parte de los indios no redundaba en ningún beneficio y, en cambio, podía dar origen a la renovación de la herejía. Sahagún mismo (Libro X, xxvii “Relación del autor”) refuta dichos argumentos. Ya desde aquellos primeros tiempos las discordias ocurrían entre los partidarios de Cortés y sus oponentes, entre el poder civil y el religioso, entre las diversas órdenes e incluso en el seno de una misma orden. Sahagún, maestro de latín en aquel Colegio, se vio desde entonces en el centro de aquel torbellino en el que estaría envuelto hasta el final de sus días.

Por otro lado, desde su primera estancia en Tlaltelolco, Sahagún redacta toda una serie de materiales religiosos que pudieran ayudar a la predicación de la fe. Así explica: “los sermones están compuestos nuevamente a la medida de la capacidad de los indios, breves en materia y en lenguaje congruo, venusto y llano, fácil de entender para todos los que los oyeren, altos y bajos, principales y macehuales, hombres y mujeres”.

Posteriormente, en su segunda estancia, se dedica a recopilar directamente en náhuatl el tratado *De la retórica y filosofía moral y teología de la gente mexicana*, el cual, traducido al romance treinta años más tarde, incorporaría a su obra monumental. Ambas recopilaciones en lengua náhuatl provocaron un gran malestar entre quienes pensaban que dicha lengua no debería utilizarse; malestar que habría de concluir con la total prohibición e incautación de las obras, determinadas por la cédula de Felipe II del 22 de abril de 1577 dirigida al virrey Martín Enríquez.

Os mandamos que luego que recibáis esta nuestra cédula, con mucho cuidado y diligencia procuréis haber estos libros, sin que de ellos quede original ni traslado alguno, los enviéis a buen recaudo en la primera ocasión a nuestro Consejo de Indias, para que en él se vean; y estaréis advertido de no consentir que por ninguna manera persona alguna escriba cosas que toquen a supersticiones y manera de vivir que estos indios tenían, en ninguna lengua, porque así conviene al servicio de Dios Nuestro Señor y nuestro (Códice Franciscano 1941: 249-50).

En 1553 empieza una nueva tarea consistente en recoger la memoria de la conquista de la Nueva España. El resultado constituirá el Libro XII de la *Historia general...* A los motivos expuestos por Sahagún en el “Prólogo”, Ascensión Hernández (2007: 72) añade uno más:

En 1552, había sido publicada en Zaragoza la primera gran obra de conjunto sobre la historia de América. Me refiero a la *Historia general de las Indias* de Francisco López de Gómara, capellán de Hernán Cortés, en la que se daba una versión de la conquista desde el vencedor. La obra causó gran impacto, se tradujo a varias lenguas y fue retirada de la venta por orden de Felipe II, presionado por fray Bartolomé de las Casas, quien no gustó de la exaltación que en ella se hacía de la figura de Hernán Cortés.

Este hecho parece confirmar nuestra hipótesis, según la cual Sahagún recoge esta información con el deseo de mostrar la otra cara de la moneda: la visión de los vencidos.

Más adelante, en 1558, por encargo del entonces provincial de la Orden, Fray Francisco de Toral, Sahagún daría inicio a la labor que habría de ocuparlo durante los veinte años sucesivos. En 1565, se trasladó al convento de San Francisco en México, donde “por espacio de tres años pasé y repasé a mis solas todas mis escrituras y las torné a enmendar; y dividílas por libros, en doce libros, y cada libro por capítulos, y algunos libros por capítulos y párrafos” (*Historia...*, Libro II, “Prólogo”). En 1570, Sahagún hizo “un sumario de todos los libros y de todos los capítulos de cada libro, y los prólogos” que entregó a fray Miguel Navarro y a fray Gerónimo de Mendieta para llevarlo a España, con el propósito de que se conociera “lo que estaba escrito cerca de las cosas de esta tierra (*Historia...* Libro II, “Prólogo”). El sumario llegó a Juan de Ovando, presidente del Consejo de Indias, quien mostró interés por la obra completa. Asimismo, ese mismo año, Sahagún envió al Papa Pío V un Breve compendio de los ritos idolátricos de Nueva España. Aunque en la carta dedicatoria no lo declara, es de suponer que buscaba ayuda para continuar su obra. No obtuvo respuesta. Mientras tanto, todo este material cuidadosamente elaborado habría de ser dispersado por Alonso de Escalona, el nuevo provincial que sucedió a Motolinía a la muerte de éste y con el cual tenía fuertes desavenencias. En septiembre de 1573 regresó de España fray Miguel Navarro, enviado por el Papa en calidad de comisario general. Éste mandó que se recogiesen los libros dispersos bajo las órdenes de Escalona y fuesen devueltos a Sahagún. Fray Miguel Navarro, a causa de las tensiones existentes entre diferentes facciones de la orden franciscana, renunció a su cargo y volvió a España en octubre de 1574. Para fortuna de Sahagún, en 1575 llegó un nuevo comisario de la Orden, fray

Rodrigo de Sequera, quien “proveyó lo necesario para que los textos se escribieran de nuevo” (*Historia...* Libro II, “Prólogo”). Aquí mismo resume esta última etapa y refiere el largo y tedioso proceso:

En este tiempo ninguna cosa se hizo en ellos [los textos], ni hubo quien favoreciese para acabarse de traducir en romance, hasta que el padre Comissario general fray Rodrigo de Sequera vino a estas partes y los vio y se contentó mucho de ellos, y mandó al dicho autor que los traduxese en romance, y proveyó de todo lo necesario para que se escribiesen de nuevo, la lengua mexicana en una columna y el romance en la otra, para los embiar a España, porque los procuró el ilustrísimo señor don Juan de Ovando, presidente del Consejo de Indias, porque tenía noticias de estos libros por razón del sumario que el dicho padre fray Miguel Navarro había llevado a España, como arriba se dijo. Todo lo dicho haze al propósito de que se entienda que esta obra ha sido examinada y apurada por muchos, y en muchos años, y se han pasado muchos trabajos y desgracias hasta ponerla en el estado que agora está. (*Historia...* Libro II, “Prólogo”).

Con este apoyo, Sahagún realizó su texto bilingüe entre los años de 1576 a 1577. Para apreciar en su justa medida la obra de Sahagún como contribución a un mejor conocimiento de la cultura nahua, baste pensar en la suerte que tuvieron otros pueblos de México. De sobra se conoce la obra de Diego de Landa, quien después de echar a la hoguera los libros sagrados de los mayas “porque contenían herejías”, se ocupó de reescribirlos desde su perspectiva puramente occidental, cargada de prejuicios y preconcepciones personales, y sin considerar ningún testimonio. ¿Qué de extraño tiene entonces que aún en nuestros días pervivan ideas tan contradictorias acerca de los mayas? ¿Cómo aclararlas en ausencia de fuentes fidedignas?

Indudablemente, el gesto de Fray Bernardino de Sahagún sólo es concebible si se piensa en su carácter altamente humanitario, fruto de su paso por la Universidad de Salamanca y del contacto con el mundo indígena. Las razones las hemos insinuado ya. Fue sin duda el genocidio que se perpetraba ante sus ojos lo que le hizo vislumbrar el fin de aquel pueblo. La decisión, pues, de registrar el pensamiento de aquella gente significaba contradecir y desafiar a la Corona y a la Iglesia, y, como se ha dicho, le valió el desprecio y el castigo de sus superiores: la indiferencia de Pío V y la medida represiva de Felipe II. Su osadía habría sido ya útil si sólo se hubiese limitado al trabajo de recopilación de información; sin embargo, el hecho de haber traducido todo aquel material –si bien de manera fragmentaria– fue determinante para que el mundo occidental por lo menos pudiera discernir entre lo referido por los cronistas y conquistadores y la visión del pueblo subyugado.

Si, por un lado, juzgamos la labor de recopilación –la más valiosa en mi opinión– es obvio que Sahagún no sólo valoró la cultura indígena y a los indígenas mismos, sino que incluso pasó por encima de sus propias ideas. Lo demuestra así en la traducción que hace del adagio del capítulo 41, y que contiene vituperios dictados por su fe. Transcribimos el texto en lengua náhuatl, la traducción de Patrick Johansson (2007:

103) y la traducción de Sahagún. El original y la traducción de Sahagún figuran en *Códice florentino*, Libro VI, capítulo 41:

*Oc cepa iuhcan yez oc ceppa iuh
tlamaniz in jquin, in canin
In tein mochioaia cenca ye vecauh
in aiucmo mochioa: auh oc ceppa mochioaz, oc ceppa
iuh tlamaniz, in iuh tlamanca ie vecauh; in tehoantin
in axcan nemi, oc ceppa nemizque, iezque.*

Otra vez así será, otra vez se extenderá
el aquí y el ahora.
Lo que se hacía hace mucho tiempo ya no se hace;
pero otra vez se hará, otra vez pasará
como pasó hace mucho tiempo: aquellos que hoy
existen, otra vez existirán, serán.

**Esta proposición es de platon y el
diablo la enseña aca porque es erronea
es falsissima es contra la fe la qual
qujere dezir las cosas que fueron tornaran
a ser como fueron en los tiempos
pasados y las cosas que son agora ser(a)
otra uez: de manera que según este
error los que agora viuen tornaran a
biujr y como esta agora el mundo
tornara a ser de la mjsma manera lo qual
es falsissimo y hereticissimo.**

Esta traducción da cuenta de lo que Sahagún pensaba acerca del pensamiento nahua, y, pese a todo, así quedó registrado en el original. Sin duda, porque el franciscano sabía que, juzgado a través del tiempo, desde otra perspectiva, podría valorarse diversamente.

En cuanto a la autocensura en la traducción, es obvio que, si él mismo juzgaba ciertos hábitos como *falsissimos* y *hereticissimos* o como *enseñanzas del diablo*, ¿qué podía esperar de la Corona y de la Iglesia? Su deseo, ya lo hemos dicho, era preservar a los indios del castigo atroz de ambas autoridades. Pero, como bien decíamos, Sahagún intuía algo más: iba a llegar el tiempo en que la Nueva y la Vieja España finalmente podrían dialogar y respetarse en su justa medida; para entonces, aquel texto en náhuatl finalmente podría ser traducido íntegramente sin riesgos para nadie. Pues bien, ese tiempo, a juicio de la UNAM, ha llegado por fin. ¿Qué nuevos conocimientos acerca de la historia de México nos aportará la traducción que se está preparando? ¿Cuántos prejuicios y lugares comunes se derribarán y cuántos otros se erigirán? Esto y mucho más lo sabremos cuando los nuevos traductores rompan el silencio.

Referencias bibliográficas

- Bastin, G. (2003). Por una historia de la traducción en Hispanoamérica. En *Íkala, revista de lenguaje y cultura*, 8 (14, enero-diciembre). 193-217.
- Hernández, A. (2007). Analogía y antropología: la arquitectura de la *Historia general de las cosas de Nueva España*. En José Rubén Romero y Pilar Máynez (coord.), *El universo de Sahagún* (57-87). México: UNAM.
- Johansson, P. (2007). Los refranes nahuas en la obra de Sahagún. En José Rubén Romero y Pilar Máynez (coord.), *El universo de Sahagún* (pp. 89-106). México: UNAM.
- León Portilla, M. (2007). Primeros años de Sahagún en Tlatelolco. En José Rubén Romero y Pilar Máynez (coord.), *El universo de Sahagún* (pp. 7-21). México: UNAM.
- Máynez, P. & Romero, J. R. (2007). El *Códice florentino*. Su transcripción y traducción. En José Rubén Romero y Pilar Máynez (coord.), *El universo de Sahagún* (pp. 49-55). México: UNAM.
- Máynez, P. (s.f.). Entrevista concedida en febrero de 2013. México, sin publicar.
- Sahagún, B. (2001). *Historia general de las cosas de Nueva España*, México: CONACULTA.
- Serrano, T. (2011). Hasta un nuevo sol. En Antonio Bueno García y Miguel Ángel Vega Cernuda (Ed.), *Lingua, cultura e discorso nella traduzione dei francescani* (pp. 501-510). Perugia: Pubblicazione dell'Università per Stranieri di Perugia.